

SOCIALISMO PARLAMENTARIO (A PROPOSITO DEL PARTIDO LABORAL INGLES)

¿Qué es razonable esperar, pues, del Partido laboral en los años venideros?

Hay dos maneras totalmente opuestas de responder a esta pregunta. La primera se origina en la opinión de que el Partido Laboral, sean cuales fueren sus defectos pasados y presentes, puede ser convertido eventualmente en un partido socialista, auténticamente entregado a la creación de un orden social radicalmente distinto, el cual se basaría, aunque en verdad ello no lo definiese de manera exclusiva, en la propiedad social y el control democrático de una parte predominante de los medios de producción, distribución e intercambio, incluyendo, por supuesto, las "posiciones de mando" de la economía. La segunda opinión consiste en que no es posible convertirlo en un partido así. De las dos, me parece que la segunda es, con mucho, la más realista. El presente escrito pretende precisar con amplitud las razones en que se basa esta afirmación.

Para comenzar, es necesario hacer énfasis en que el Partido Laboral ni siquiera es ya un partido "reformista". El socialismo "reformista" es la creencia de que una sociedad socialista puede darse mediante una serie gradual de reformas estructurales y sociales. Esta convicción se apoya en la esencia del Fabianismo, y ha inspirado —aunque tíbiamente— a una larga línea de líderes laborales. Con la adopción de una nueva Constitución en 1918, se convirtió ésta en la perspectiva con sanción oficial del Partido Laboral y permaneció así hasta más o menos la última parte de los años cuarenta. La pregunta aquí no estriba en si el socialismo "reformista" es o no una estrategia socialista realista. Lo importante es que esta convicción ya no es la perspectiva que informa, aunque sea teóricamente, el acercamiento de los líderes laborales a todos los asuntos.

Esto no significa que las reformas hayan sido excluidas de su agenda; es obvio que forman parte de ella. Pero las reformas que estos líderes pueden apoyar no forman parte de ninguna clase de estrategia coherente, señalada para alcanzar, sin que importe el largo plazo de la perspectiva, la transformación socialista de la sociedad británica. Los líderes del Partido Laboral carecen de esa estrategia y, a excepción de propósitos meramente retóricos, no la desean en absoluto. Es posible que, ocasionalmente, hablen acerca del socialismo, pero esto, desde un punto de vista serio, carece de todo significado efectivo. El "revisionismo" que domina su pensamiento no representa una alternativa, sino una adaptación al capitalismo.

Hay muchas personas en el Partido Laboral que aceptan, hablando francamente, que esto es así, pero que, no obstante, insisten en que su partido puede convertirse en un instrumento adecuado para el cambio socialista. Estas personas afirman esto desde varios terrenos diferentes, mismos que deben ser examinados.

El primero de ellos consiste en que es posible persuadir o, en caso contrario, obligar a los líderes laborales a adoptar políticas

socialistas e implantarlos desde sus respectivos cargos.

Esto, seguramente, debe considerarse como un argumento muy débil pues menosprecia enormemente la fuerza del compromiso ideológico y político de los líderes laborales con los cargos que ocupan, al no incluir las perspectivas que animan a sus seguidores socialistas. Estos líderes no son socialistas que por una u otra razón hayan extraviado su camino y que puedan ser devueltos al verdadero sendero por medio de la persuasión o la presión. Son políticos burgueses que tienen, en el mejor de los casos, cierta inclinación hacia la reforma social. Y no tienen intención alguna de adoptar, ya no digamos realizar, políticas que comenzarian seriamente el proceso de la transformación socialista en Inglaterra. Por el contrario, debe esperarse que resistan con la más firme determinación todos los intentos de adjudicarles tales políticas.

Sin duda, en la oposición o, inclusive, en el gobierno, ellos pueden estar prevenidos ocasionalmente, como sucedió con la legislación sobre sindicatos que propuso el gobierno de Wilson contra la implantación y práctica de medidas que afectan intimamente a los sindicatos y que estos últimos encuentran particularmente molestas. Pero, por supuesto, esto está muy lejos de ser el meollo.

También es cierto que a los líderes laborales se les puede hacer aceptar ésta o aquella resolución de la Conferencia, obligándose a llevar a la práctica algunas medidas políticas a que se oponen o que les inspiran serias dudas. Pero ni las Conferencias Anuales del Partido Laboral ni los Congresos Sindicales pueden imponer efectivamente en la práctica tales políticas a sus líderes, quienes, una vez que ocupan sus cargos, pueden ignorar confiada y seguramente los deseos de sus activistas, con argumentos tales como el cambio de circunstancias, o la inmadurez del momento, o la abundancia de otras cosas por hacer, o diciendo que el asunto requiere de más pensamiento, etcétera. Alternativamente, se debe esperar que ellos, dada la tendencia de su mentalidad, obstaculicen cualquier carga explosiva que las políticas en cuestión puedan contener, en otras palabras, que las despojen de su carácter radical en su aplicación hasta el punto de que pierdan mucho, si no es que casi todo su significado.

Pero ni siquiera estas consideraciones, aunque importantes, llegan al centro del problema. El punto verdaderamente crucial tiene que ver con el hecho de que la tarea de desafiar al capitalismo británico desde sus raíces —lo cual implica también un desafío al capitalismo internacional— tiene que ser ardua y rigurosa, hasta para un liderazgo firmemente determinado a llevarla a cabo. No es posible esperar que esta tarea se emprenda realmente cuando los líderes piensan que de ninguna manera debe llevarse a cabo, lo cual sucede precisamente con las personas que controlan ahora el Partido Laboral.

Es en este punto que muchos socialistas del Partido Laboral tienden a desunirse, alegando, en un segundo terreno, que si no es

posible persuadir u obligar a los actuales líderes del Partido Laboral a responder a la presión de las políticas y acciones socialistas, eventualmente deberán ser reemplazados por otros líderes, que sí estén determinados a llevar a cabo la empresa, y que ofrezcan la clase de liderazgo que ella requiere.

Después de todo, continuando con la misma cuestión, los líderes laborales no son el Partido Laboral, mucho menos el movimiento laboral; y es mucho lo que ha ocurrido en los últimos diez años para cambiar significativamente el equilibrio de fuerzas en el propio Partido, como resultado de los cambios que han ocurrido en el movimiento laboral. Es obvio que el liderazgo de la unión sindical, que actuaba tradicionalmente como una poderosa fuerza del ala anti-izquierda y cuyo dominio del voto masivo en las conferencias del Partido Laboral protegía a los líderes laborales de ese serio desafío, ha experimentado un cambio substancial hacia la izquierda; y esto debe llevar, eventualmente, a la aparición de una nueva y diferente clase de liderazgo en el Partido Laboral.

Incidentalmente, y durante largo tiempo, esto ha formado parte de la perspectiva del Partido Comunista.¹ Esta esperanza (difícilmente se le puede llamar estrategia), por muchas razones, me da la impresión de ser algo completamente ilusorio.

Por supuesto, el cambio hacia la izquierda que ha ocurrido en el movimiento sindical, es significativo por muchas maneras, sobre todo porque refleja una militancia común que sin duda es importante. Pero no hay ninguna evidencia de que la nueva izquierda de la Unión Sindical tenga la más ligera inclinación a efectuar cambios importantes en el liderazgo del Partido Laboral, o de que pudiera hacerlo si tuviese esa inclinación. En 1966, cuando Frank Cousins renunció al Gobierno de Wilson, Ken Coates, como él mismo recuerda, telegrafió al primero su adhesión y le escribió instándolo a comenzar a organizar la oposición socialista. Mr. Cousins respondió que él no deseaba convertirse en un "personaje focal" de la izquierda, y que su propósito principal era "tratar de ayudar a encontrar una comprensión más razonable para la eliminación de





nuestros problemas económicos de lo que es posible hoy bajo el Prospecto de Ley de Precios e Ingresos (Bill for Prices and Incomes)".¹ La respuesta fue típica del limitado papel que los líderes sindicales, incluyendo a los de ala izquierda, creen desempeñar en el Partido Laboral, en especial el de los representantes del trabajo organizado, involucrados en una relación de regateo —claramente sobre controversias industriales y económicas— con sus colegas políticos del Partido Laboral, y en absoluto como rivales políticos que aspiran a asumir el control del partido para propósitos radicalmente distintos de los que postulan los hombres que lo controlan en la actualidad. Algunos líderes sindicales del ala izquierda pueden desarrollar ambiciones políticas: de ser así, lo más probable es que traten de obtener un puesto entre los líderes del Partido Laboral y como miembros de un futuro Gobierno Laboral. Pero esto difícilmente se puede considerar como un asunto de gran significado político.

La clase de cambios radicales en la cumbre que un gran número de socialistas esperan ver un día en el Partido Laboral, mismos que significarían un cambio ideológico mayor hacia la izquierda, presumiblemente tendrían que darse, dada la naturaleza del sistema político, dentro de las filas del Partido Laboral Parlamentario. Pero, seguramente, decir esto es también indicar cuán poco realista es esa esperanza. No es realista porque ignora la perenne debilidad de la izquierda parlamentaria. Esa debilidad no es accidental sino estructural, porque es fútil la indignación manifestada tan a menudo por los activistas de la izquierda a raíz de la negligencia de los miembros del parlamento de la izquierda laboral. Esta negligencia es bastante real, pero está construida dentro de un sistema del que los miembros del parlamento forman parte. Los parlamentarios de la izquierda operan bajo las reglas de un juego creado para limitar su capacidad y, sin duda alguna, su disposición para desafiar a sus líderes. Se les exige que actúen "lealmente" y que acepten el compromiso a fin de ayudar a sostener la "unidad" del partido. Y no deben ayudar ni animar al otro bando, sobre todo cuando asumen el gobierno, pero tampoco cuando se encuentran en la oposición. En todo caso, la adaptación se facilita más en virtud de que los miembros de la izquierda parlamentaria se caracterizan, y siempre se han caracterizado, por una marcada incertidumbre acerca de cuál es, en términos ideológicos básicos, su verdadera naturaleza. Esto tampoco es accidental: es una condición necesaria, en primer lugar, para que sean parlamentarios. El éxito político, a este respecto, e inclusive la supervivencia política, dependen de la temprana habilidad para mellar el filo de la propia capacidad de disentir y minimizar el abismo que separa al posible discrepante socialista de sus líderes. Ha habido algunas excepciones: unos cuantos miembros parlamentarios del Partido Laboral, por así decirlo, se han colado por la red. Pero han permanecido como figuras solitarias y a menudo patéticas, en una

amarga pugna no sólo con sus líderes sino también contra esa gran mayoría permanente del Partido Laboral Parlamentario que comparte íntegramente el pensamiento ortodoxo de sus líderes. Casi todos los parlamentarios de la izquierda, por su parte, han aprendido, con mayor o menor facilidad, a adaptarse a su ambigua situación; y muy pocos, cuando ha habido oportunidad, han podido resistir el confinamiento en el Establecimiento Laboral, sin que importe el precio a que hayan proclamado sus compromisos: la carrera ministerial de los antiguos parlamentarios de Bevan ofrece un amplio testimonio a este hecho.

La Izquierda Laboral en el Parlamento puede montar "revueltas" episódicas acerca de este o aquel asunto, aunque el efecto sea dudoso y actuar como grupo de presión contra los líderes laborales, con impacto igualmente incierto. Pero no se puede esperar que haga más.

Esto significa que el Partido Laboral no será transformado en un partido seriamente preocupado por el cambio socialista. Es posible que sus líderes tengan que responder con ruidos de apariencia radical a las presiones y demandas de sus activistas. Aun así, ellos se encargarán de que el Partido Laboral permanezca, en la práctica, como hasta ahora: un partido de modesta reforma social en un sistema capitalista en cuyos límites se ha arraigado cada vez más firme y, por ahora, irrevocablemente. Ese sistema tiene una gran necesidad de un partido así, puesto que éste juega un papel muy importante en el control de los inconformes y ayuda a mantenerlos dentro de límites seguros; y el hecho de que el Partido Laboral se proclame a sí mismo, por lo menos una vez cada cinco años, pero también con mucha mayor frecuencia, comprometido no solamente con su transformación general, con un orden social justo, con una sociedad sin clases, con una nueva Inglaterra y con no importa qué, no lo hace sino más útil a la preservación del orden social existente.

Es muy probable que el partido Laboral pueda desempeñar este papel altamente "funcional" durante algún tiempo en el futuro, dada su abrumadora preponderancia como "el partido de la izquierda" en el sistema político británico. No hay al presente un partido o agrupación capaz de proponer un desafío efectivo a esa preponderancia; y esto ayuda a explicar que tantos socialistas en los Partidos Laborales de los distritos electorales, en los sindicatos (y, a ese respecto, en el Partido Comunista) se aferren a la creencia de que el Partido Laboral experimentará, eventualmente, una transformación radical. Pero la ausencia de una alternativa socialista viable no es razón para la aceptación resignada o para la perpetuación de esperanzas carentes de base en la realidad política. Por el contrario, lo que hace falta es comenzar a preparar el terreno para una alternativa así; y uno de los elementos indispensables de ese proceso consiste en la disipación de ilusiones paralizantes acerca del propósito y papel verdaderos del Partido Laboral.